

LUIS MAIRA

Usted salió de Chile con un planteamiento político, y regresó con otro. ¿Le cambió el exilio o el tiempo?

Los doce años que pasé fuera de Chile fueron de tremenda convulsión y cambio internacional... y México era un gran mirador para contemplarlo, por su cercanía con los Estados Unidos y por su profunda vinculación en aquel momento con toda América Latina, por haber dado acogida a exiliados y perseguidos de quince países. Ningún exiliado vuelve siendo el mismo, pero el mundo había tenido demasiados cambios y nosotros demasiado aprendizaje.

Y los golpes enseñan también. Los que volvimos, más allá de todo lo imaginable, nos sentíamos depositarios de una verdad que no podíamos transgredir: todos éramos culpables de la tragedia que había sufrido el país. Unos más que otros, pero incluso los que no torturábamos, los que no habíamos privado de la vida a nadie, los que no

habíamos tomado una decisión injusta sobre otro, éramos culpables, porque no habíamos sido capaces, cuanto menos, de impedir que ocurriera. Eso, a cualquiera lo vuelve una persona más reflexiva sobre cuáles son los límites de las diferencias.

La política no es un mundo en el que se puedan usar todos los recursos; la fuerza, donde quiera que esté, en el gobierno o en la oposición, tiene que admitir que hay un límite, que hay que procesar las diferencias para que no se conviertan en absolutas y hagan imposible la convivencia.

Eso es lo que se llamó el proceso de renovación de la izquierda del mundo. No se lanzan por la borda las aspiraciones y los valores históricos del pensamiento progresista, pero sí se postergan objetivos muy valiosos pero inalcanzables en el corto plazo y se hacen alianzas para constituir mayorías nacionales estables, para darle a la democracia un fundamento.

Les dirían que traicionaban las luchas históricas...

Todas las voces son respetables. Cada país tiene que hacer su juicio y su balance sobre por dónde va una salida distinta, pero en mi país todo pasa por reconocer nuestra propia responsabilidad y corregir lo que pueda haber sido, individual o colectivamente, un error. No me imagino una izquierda latinoamericana que no sea inequívocamente democrática.

No somos exorcistas de la realidad. La primera obligación de quien aspire a ser un transformador de la realidad es asumirla, no simplemente maldecirla. Yo sufro a veces con gente por la que tengo mucho afecto y que por su edad ya no tuvo capacidad de aprendizaje; nostálgicos de un mundo que ya no existe. La nostalgia no es un instrumento político.

¿Qué es ahora mismo Cuba para las izquierdas regionales?

Infortunadamente, es la última realidad de la guerra fría, su último escenario, donde Estados Unidos aplica las políticas que ya no aplica ni en China, ni en Vietnam, ni en ningún otro lugar. Pero yo no conozco a nadie que tome ahora indicaciones del modelo cubano para definir un proyecto en América Latina.

Un modelo como el de la "tercera vía" de Blair, ¿es trasladable a América Latina?

La propuesta de Blair es eminentemente europea. Si nunca fue recomendable copiar o comprar un proyecto a Europa, ahora lo es menos, porque la brecha entre nuestras realidades se ha ampliado.

Ahora, hay que tomarla en cuenta para deducir algo: es necesaria una nueva propuesta, completa, sistemática, que vaya desde el ámbito de los valores, de la visión del hombre, del mundo, de la historia, hasta los temas operativos de las políticas públicas; un reemplazo a la vieja manera en que hacíamos política. Eso yo lo aprecio mucho de la tercera vía, sin comprar la receta. Pero en América Latina no hemos trabajado para producir un pensamiento sistemático.

¿No se les ve un poco cansados, después de los años tratando de encontrarse consigo mismos, con esa nueva propuesta?

Tiene mucha razón. Este nuevo proyecto de la izquierda latinoamericana debe conocer a una nueva generación de dirigentes. Nosotros ya hicimos nuestro trabajo, cumplimos nuestros deberes y pagamos nuestros costos.

¿Cuesta más que antes mover a los jóvenes hacia una izquierda que es menos romántica?

Cuesta más. Ese es el trabajo que hay que hacer.

Una última pregunta. Cuando usted escucha ahora canciones de Víctor Jara, de Silvio Rodríguez...

Se me sigue erizando la piel, me sigue emocionando. Son parte de una memoria... y hay cosas profundas que no han cambiado.

TIRO AL PLATO

Izquierda: sueños para un mundo mejor.

Chile: el país que más ha cambiado en América Latina.

Reconciliación: pasa por una historia compartida.

Dolarización: apuesta que no me convence.

Pinochet: la historia ya le juzgó.

Juez Guzmán: ha hecho un trabajo respetable.

Salvador Allende: soñó con un proyecto irrealizable que ahora está más cerca.

Comunismo: proyecto que murió.

Baltasar Garzón: defensor de la globalización de la justicia.

Globalización: fenómeno del cual tenemos que hacernos cargo aunque no nos guste.

Socialismo: combinación de las libertades y la igualdad.

Amnistía: sólo se puede aplicar si se superan las condiciones del autoritarismo, y eso no ha sucedido en América Latina.

Hugo Chávez: militar.

Revolución: viejo sueño, más difícil actualmente.

Latinoamérica: ojalá sea el continente del siglo XXI (no lo fue del XX).

George W. Bush: el hijo de G. Bush.

Centro: espacio amplio del que buscan estar cerca todos.

Estados Unidos: la mayor superpotencia; ha reforzado sus poderes.

Pasado: el lugar de archivo de las experiencias y afectos.

Monseñor Romero: (piensa) profeta del cristianismo cercano a la gente.

Integración Centroamericana: viejo proyecto pendiente... y válido.

Colombia: lugar doloroso donde me gustaría poner esperanzas

Vejez: lo inexorable que viene.

Tercera Vía: camino europeo.

Fidel Castro: mayor político latinoamericano revolucionario del siglo XX

Luis Maira: sigue creyendo en la validez de los sueños que tuvo en la necesidad de acompañarlos con las nuevas realidades.

